

# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 249

25 cts

24 NOVIEMBRE  
1929



- ¿COMO VAS SIN ABRIGO EN ESTE TIEMPO?  
- PUES COMO HE DE IR ¡HELADO!



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

¡VOY A IR A RE-  
BAR LA DESPENSA  
DEL CAPITAN EN-  
TRANDO POR LA  
VENTANA DE LA  
COCINA!

ITRAETE



¡APROVECHAR!  
AHORA QUE NO  
SE VE A NADIE  
POR AQUÍ!



¡CON CINCO  
MINUTOS MÁS  
DEJARE LA D  
PENSA VACI

¡ESTE BANDIDO  
NO CONTABA CON  
LA HUESPEDA EN  
FIGURA NUESTRA!



¡CAPITÁN; T  
CLA; SALID  
QUE HAY LA-  
DRONES EN  
CASA!

¡CONDENADOS  
NEVES! ¡ESTOY  
PERDIDO!



¡GUARDIAS!  
¡AUXILIO!  
¡CAPITÁN!

¡MALDICIÓN!  
¿QUÉ ES ESTO?



ERE  
TUB  
DID

PERDÓN  
SEÑORA!  
¡NO VENIA  
A ROBAR  
VENIA A  
SALUDAR  
LES!



¡MIRA; AQUÍ  
HAY UNO!

¿DONDE ESTÁN LOS LADRONES? ¿QUE ME LOS COMO!



170 OS CONVI-  
DARE A DULCES  
POR VUESTRO  
COMPORTA-  
MIENTO!

¡SOCORRO!

¡SIN VERGUENZA!  
¿VENÍAS A  
ROBARME?



QUE BUE  
NOS SOIS

¡MENOS MAL  
QUE HE LLEGADO  
A TIEMPO DE IM-  
PEDIR QUE SE  
LLEVASE EL  
PRODUCTO DEL

IQUE  
MALA



¿CON QUIEN  
LUCHA EL  
CAPITÁN?



¡SI ESTUVIE-  
RA SEGURO  
DE LO QUE  
SOSPECHO...!

¡SI QUEREIS  
MAS BUÑUELOS  
OS HARE ENSE-  
GUIDA OTRO  
CIENTO!



¡TENEIS QUE IR A BUSCAR  
A ESOS MENES PARA GUI-  
SARLOS, PORQUE AHORA  
ES EL ÚNICO MANJAR  
QUE APETEZCO!



222





# EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

—Después de tu telegrama puesto en Nueva York—empezó volviéndose a Enrique—tu anunciarme la salida para Francia y darme orden de suspender el envío de la correspondencia, no he tenido más comunicaciones hasta anteayer, día en que me llegó de Australia esta carta de Crooswelt. No nos da noticias definitivas, pero sí informaciones preciosísimas que nos dejan abierto el camino a las más rientes esperanzas. No la he dado a conocer al punto a los amigos para podértela leer hoy también a tí. Tu presencia entre nosotros, en esta ciudad donde has vivido trabajando y sufriendo en secreto durante tantos años, es ya de buen agüero. Yo creo en los presentimientos; y de mejor grado todavía, creo que tu regreso debe coincidir con el triunfo de nuestra buena causa.

—Tratas de consolarme, Franco, y tus palabras, efectivamente, hacen mucho bien a mi corazón exacerbado por tantas bellas ilusiones defraudadas; pero temo que mi presentimiento, mejor que el tuyo, esté más próximo a la verdad...

—¡Bueno! Todos hemos de ver que los hechos te desmienten. Pero ahora, oíd la carta de James.

Y así diciendo, Galiani encendió el enchufe de electricidad colocado en mi mesa de despacho; y luego, mientras los demás se arrellenaban en sus sillones o acomodaban en las sillas, apoyando los codos en los brazos de aquellas o poniendo una pierna sobre otra como para disponerse a escuchar a gusto, se puso el abogado a leer con su voz ligeramente nasal:

«Estimadísimo Franco:

»Debo ante todo darle a usted las gracias por la solicitud con que me ha informado siempre de cuanto a nuestros amigos iba acaeciendo, y he de excusarme por haber tardado tanto en dar cuenta de mis investigaciones. Lo he demorado tan sólo porque deseaba comunicar ya en firme el resultado definitivo de mis pesquisas; pero los hechos surgidos y las noticias llegadas a mi conocimiento son de tal importancia que renuncio sin duelo a mi propósito y le hago a usted en seguida sabedor de ellas.

»Dejé a Fritz y a Ralph en Aden, y el 10 de septiembre me embarque para Adelaida. Naturalmente, conforme había previsto, encontré a Fayollet entre mis compañeros de a bordo. Nos vimos sobre cubierta, y él, el primero, avanzó a mi encuentro.

»—¡Hola, señor Crooswelt!—me interpeló el muy zorro con sonrisa cortés.

»—¡Oh! ¡el señor Fayollet! Pero ¿cómo? ¿No iba usted a Bombay directamente?

»—Sí, cierto. Iba directamente a Bombay. Pero un telegrama...

»—¡Ah, el de ayer tardel

»—Sí... es decir, no... otro... Un telegrama que recibí esta noche, me ha inducido a modificar mi itinerario.

»Me fingí satisfechísimo de tenerle aun algunos días por compañero de navegación; y estaba satisfecho de veras, porque su presencia me persuadía de que yo era quien estaba en el buen camino—. Después de todo—pensaba—Australia es un país nuevo, de joven civilización; un país en que los emigrantes son todavía escasos, mientras la tierra fertilísima, debería atraer a los buscadores de fortunas, o al menos a los grandes especuladores; un país, en fin, más distante de Europa que cualquier otro continente, y cuyo interior es todavía poco



conocido; todo, en suma, lo que interesa a un hombre ansioso de sustraerse a la inspección de la justicia y de gozar en paz el fruto de su deshonroso trabajo. Larouchy debía efectivamente haberse ocultado allí.

»Llegamos a Colombo. La amistad entablada entre Fayollet y yo se mantiene cordialísima. Bajamos juntos a tierra empleando un *outrigger*, la característica embarcación cingalesa, porque el vapor no puede tocar junto al muelle, no siendo dado a los buques entrar en el puerto sino de diciembre a marzo. Juntos vamos al telégrafo del Fuerte, donde nos entregan un fajo de telegramas a Fayollet, y a mí el despacho de Ralph notificándome que Fayollet el día 11 no estaba ya en Aden. ¡Vaya una novedad!

»Mi compañero expide un parte a París. Luego, volvemos a bordo.

»En Singapore, otra parada y otra visita al telégrafo. Para mí, nada; para el amigo, tres despachos, la lectura de los cuales le deja visiblemente inquieto.

»—¡Malas noticias!—pienso yo observándole —¡tanto mejor!

»Después de haber leído por tercera vez los tres telegramas, y de haber restregado un rato los papeles entre las manos nerviosas, levanta hacia mi rostro sus ojos escurridizos, pero sin fijarlos en los míos, y me dice:

»—Dispénseme, señor Crooswelt, pero es necesario que dé aquí un vistazo a mi casa de banca. Nos reuniremos a bordo a la hora de comer.

»El hecho es que no volvió ni a la hora de comer ni más tarde, y que el vapor zarpó sin él.

»Al llegar a Adelaida, un poco descorazonado porque la marcha de Fayollet quebrantaba mi confianza de encontrar en el continente no-vísimo las huellas de Larouchy, me presenté en el *Australian Trade* y pedí me concedieran un aplazamiento de un mes en la toma de posesión, cosa que me fué otorgada sin dificultad.

»Dispúseme, pues, a emprender inmediatamente la rebusca. Asocié en mi empresa a uno

de los redactores del periódico, mi buen amigo Bill Macson, el cual conoce personalmente a D'Alimand y se congratuló de poderle ser útil en tal circunstancia. Con él me embarqué de nuevo para Bribbane donde necesité otros dos días para organizar la expedición.

»Finalmente nos pusimos en marcha. Éramos ocho hombres y doce caballos. En once días alcanzamos el Condamine, en otros dos costeamos su orilla izquierda hasta el punto en que lo corta el paralelo 28° 17', poco más allá de la línea que divide las dos provincias de Queensland y de Nueva Gales, y un día se empleó en atravesar el río y llegar a una casa de labor que, según referencias, hallábase a diez millas hacia occidente.

»El colono era un viejo portugués que allí residía con su numerosa familia. Nos acogió muy afablemente y contestó con toda naturalidad y sin temores ni titubeos a las muchas preguntas que le dirigí, hasta dejarme convencido aun más de lo que a la primera impresión colegí de su aspecto franco y honradote; de no tener absolutamente nada que ver con la persona y el hecho objetos de mis andanzas. Pero, en cambio, obtuve de él la preciosa información de la existencia de una gran factoría al otro lado del Warrego.

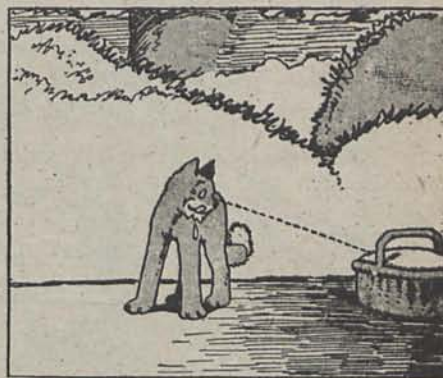
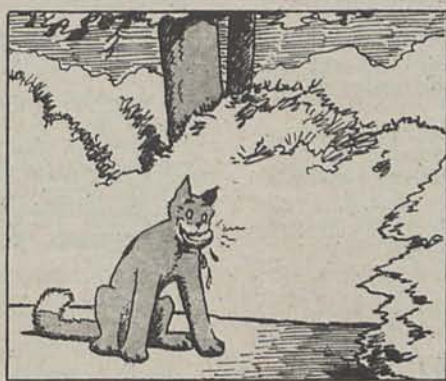
»No dejé tiempo de por medio, y en otras dos etapas a través de la llanura ilimitada llegué con los míos al Warrego el día siguiente al caer la tarde. Descansamos algunas horas, y en el corazón de la noche vadeamos el río, en aquel punto y aquella estación bastante bajo, encontrándonos así en la orilla derecha. Luego, cuando ya empezaba a amanecer, atravesamos un espeso bosque, pasado el cual se nos apareció delante, bajo los primeros rayos purísimos del día, el verde tierno y vario de una inmensa explanada.

»Otras buenas tres horas de trote, bajo la llama viva e implacable del sol de los trópicos. El poco dormir, la mucha fatiga, el sudor y el calor nos tenían extenuados, por lo que

(Continuará en el próximo número)



# ANITA BUEN- CORAZON





GALLINDO



# Entre los hielos La Antica

por E. Solari

(Continuación)

una pequeña embarcación y emprendí una expedición por mi propia cuenta, dando una gran batida a las focas, casi una verdadera carnicería, quizá mayor que la relatada.

Me habían dicho que a occidente de la desembocadura del Obi habíanse visto huellas de una *rookery*, o sea de un campamento de focas.

Sabiendo que estos anfibios acostumbran habitar cada año los mismos parajes, fui a esperarlos.

Le parecerá extraño, pero sin embargo es verdad que todos los años, en la misma época, las focas llegan de los mares del norte reuniéndose en los campamentos abandonados el año anterior.

A mediados de abril llegan primero unos cuantos machos viejos, que son los exploradores. Vienen a examinar su antiguo campo y si ven que sigue desierto, se vuelven a avisar a sus compañeras.

El 15 de junio, con una extraña puntualidad, llegan machos y hembras en gran número y se reparten el campo.

Los primeros que toman tierra son los machos. Exploran los contornos para convencerse de que no hay enemigos, y después se echan al agua y van en busca de las hembras, cacareando como gallinas. Las acarician, las abrazan con las aletas, y después las cogen con los dientes por el cuello y las llevan a tierra.

Os aseguro que es un espectáculo maravilloso y sorprendente.

La *rookery* que descubrí estaba habitada por muchísimas focas y en ocho horas, ayudado por mi gente conseguí matar unos cuatrocientos anfibios y otros tantos en los días siguientes.

—Una verdadera fortuna—dije yo.

—Embolsé trescientas mil liras en tres días—me contestó Roskoff.

Estuvo un momento callado, dando furiosas chupadas a su pipa, y después me dijo:

—Lástima que me haya vuelto viejo; habría podido ganar muchos millares de rublos a poca costa.

Vació de un trago un jarro de cerveza y me tendió la mano.

—Espero que nos volveremos a ver—me dijo.

Sin embargo no he vuelto a verle jamás.—FIN.



GALLINDO



# EL REINO DE LAS TINIEBLAS POR E. SALGARÉ

¿Ha pensado alguna vez cualquiera de mis amiguitos, de dónde provienen esas enormes masas de carbón que pesan como piedras y que ponen en movimiento a tanta maquinaria de todos los oficios, que impulsa en velocidad vertiginosa a tantas locomotoras y que pone en movimiento y hace bufar a tantos navíos que se pasean por todos los mares del globo?

¿De dónde vienen esos grandes buques negros que descargan en nuestros puertos marítimos esas montañas de bloques que son después diseminados por todas las ciudades de Italia?

Es muy posible que nunca os hayáis puesto a pensar en tal cosa: así pues os lo diré yo. Toda esa enorme cantidad de carbón se extrae de las entrañas de la tierra. ¿De dónde lo traen? De las minas de Alemania, de Bélgica, de Francia y sobre todo de Inglaterra. Esta última nación es la que lo suministra en mayor abundancia. Puede decirse que toda Escocia y el País de Gales no son sino inmensos, inextinguibles depósitos de carbón donde millares y millares de hombres trabajan día y noche durante años y siglos ganando con ello millones y millones.

En Escocia sobre todo hay verdaderas ciudades subterráneas que se extienden kilómetros y más kilómetros en las entrañas de la tierra. Todo es negro

allí dentro porque las pilastras, los muros, los arcos y hasta las viviendas mismas se construyen con bloques de carbón.

Galerías inmensas que se entrecruzan en todos los sentidos, que ascienden o bajan, se ven por doquier a millares y por ellas va una muchedumbre de hombres negros, casi desnudos, en medio de un ruido desconcertante de máquinas que silban, de perforadoras que horadan continuamente las rocas, de estampidos de barrenos y de ruedas de carros que incesantemente transportan el mineral.

Eso es una mina.

El carbón, constituido por antiguos árboles sepultados hace ya varios millares de años y que se han petrificado, existe en abundancia extraordinaria en esos terrenos de Escocia. Hay necesidad, por tanto, de buscarlo en profundidades inmensas, quizá de quinientos a mil metros bajo el nivel del suelo.

¿Pero, qué importa? Se abren pozos se excavan galerías y se va a buscarlo. Se construyen habitaciones, se forman plazas abiertas en pleno carbón, se instalan máquinas para hacer el aire más respirable a los mineros que han de trabajar tan lejos de la superficie y por fin se ponen allí en movimiento a pequeños ferrocarriles y miles de hombres trabajan sin cesar durante años y siglos porque como habíamos dicho ya estos depósitos parecen a veces inextinguibles. Dentro de tales cavernas, que se extienden por debajo de las ciudades y hasta de los lagos, el trabajo no cesa ni un momento.

(Continuará en el próximo número).







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



"VEREIS" USTEDES QUÉ BIEN ME VA A SERVIR ESTE CURRINCHE DE MADERA PARA METER EN CINTURA AL DE CARNE Y HUESO



COMO ESTÁ SEMANA ME TRAIGA TAMBIEN MALAS NOTAS DE LA ESCUELA LE VOY A HACER SUFRIR CON EL MUÑEQUITO. ¡JA, JA! ¡LO QUE ME VOY A REIR!



¡YA ESTÁ AQUÍ! ¡SE MASCA LA HECATOMBE!

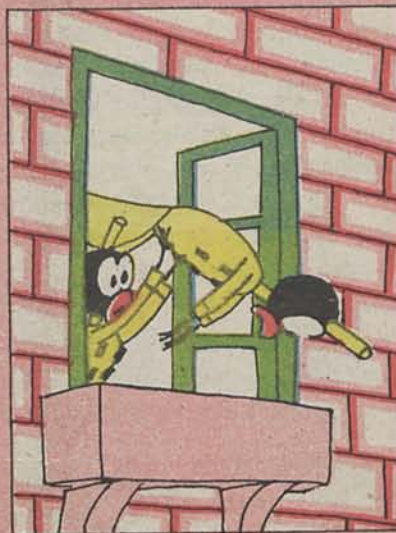


MALA CARA TRAES TÚ HOY, MORENO. SE CONOCE QUE LAS NOTAS QUE TE HAN DADO DEBEN DE SER DE PRONOSTICO

SON MORTALES DE NECESIDAD Y NO LAS HE QUERIDO TRAER PORQUE PARECEN CORONAS FÚNEBRES



¿VES? COMO TÚ ERES MUY DESAPLICADO Y MUY MALO, HE BUSCADO OTRO CURRINCHE QUE ES BUENÍSIMO Y LE HE COMPRADO BARQUILLOS Y AHORA LE TRAERÉ PASTELES



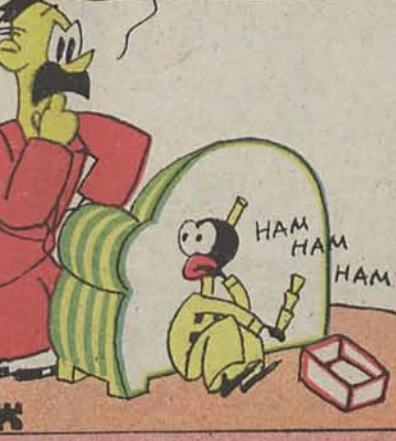
AHORA LE COLGARÉ LOS PASTELES DE LA OTRA MANO, Y CUANDO LO VEA CURRINCHE LE VA A DAR UNA ENVIDIA QUE SE VA A ASARRAR A LOS LIBROS COMO UNA FIERA



¡CURRINCHEEE! ¡VEN PARA ACA Y VERÁS COMO TRATO YO A LOS NIÑOS BUENOS



¡TATE! ¡TATE! ¡AQUÍ HAY MISTERIO!







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## LOS SEIS QUE TODO LO PUEDEN

Castillo



**C**ERTO bravo soldado llamado Martín había cumplido muy bien con su deber durante la guerra, arriesgando muchas veces la vida. Cuando se firmó la paz le licenciaron, dándole para el camino hasta su pueblo unas cuantas monedas de cobre. Fué a reclamar al Rey, pero el Rey le envió a paseo.

—¿Conque me tratas de esta manera?—dijo, lleno de cólera—. ¡Pues bien; yo encontraré gentes que te obligarán a que me entregues los tesoros de todo tu reino!

Después se marchó, y al atravesar un bosque vió a un hombre que arrancaba árboles enormes como si fueran rábanos.

—¿Quieres entrar a mi servicio—le dijo—y venir conmigo en busca de aventuras?

—Bueno—respondió el otro—; pero déjame que lleve ahora a mi madre su provisión de leña para el invierno, y soy contigo en seguida.

Entonces se cargó al hombro seis encinas de las más grandes, y sin doblarse siquiera se las llevó, cantando alegremente. Al cabo de algún tiempo volvió, y se pusieron en camino.

Al salir del bosque vieron a un cazador que, rodilla en tierra, apoyaba su fusil o escopeta en el hombro como si apuntara; pero en todo lo que alcanzaba la vista no se veía pájaro ni pieza mayor.

—¿Qué haces ahí?—le dijo Martín.

—A dos leguas de aquí—respondió—, un tábano está atormentando a un pobre caballo, y quiero matar al primero sin tocar al segundo.

Y, en efecto, hizo fuego.

—Un tirador de tu mérito—dijo Martín—me sería muy conveniente. ¿Quieres venirte con nosotros?

El cazador aceptó, y un poco más lejos vieron siete grandes molinos de viento que daban vueltas con furia como si los moviera un huracán, y, sin embargo, no hacía un soplo de aire.

Al cabo de una hora percibieron encaramado en un árbol a un hombre que con un dedo tenía tapada la mitad de la nariz, mientras soplaba con la otra mitad.

—¿Qué haces?—le preguntó Martín.

—Hago marchar a los molinos de viento que están a una legua de aquí.

—Mucho vales—repuso Martín—; vente con nosotros y los cuatro podremos hacer grandes cosas.

La proposición agradó al soplón y les acompañó.

A alguna distancia de aquel sitio encontraron a un hombre muy delgado que se apoyaba en una pierna y se sujetaba la otra con una correa.

—¿Qué diantres haces ahí?—le preguntó Martín.

—Soy andarín—respondió—, y cuando tengo las piernas libres vuelvo más bien que corro.

—Vente con nosotros, y tu fortuna está hecha.

El corredor aceptó, y a poco vieron a un hombrucillo que llevaba el sombrero sobre la oreja derecha.

—¡Valiente figura haces con ese sombrero!

—No digo que no—respondió el otro—; pero cuando me lo pongo como todo el mundo, se produce a mi alrededor un frío tan espantoso, que hasta los pajaritos caen por tierra helados.

—¿Sabes que esa es una virtud maravillosa? Vente con nosotros, y sacarás partido de ella. A nosotros seis no hay nada que se nos ponga por delante.

Todos juntos fueron a la capital, donde oyeron pregonar a son de trompeta que la hija del Rey desafiaba a todos los hombres a correr, y que el que la venciera se casaría con ella; pero si salía vencido, le cortarían la cabeza. Martín fué a Palacio a declarar que aceptaba la apuesta; pero que haría correr por él a uno de sus criados.

—Como quieras—dijo el Rey—; pero también él arriesga su vida; y si sale derrotado, os cortaré a los dos la cabeza.

Al día siguiente se realizó la apuesta en medio de una multitud de curiosos que acudieron a las puertas de la ciudad.

Se trataba de llenar un cántaro con el agua de una fuente situada a una legua de la población, y traerle lleno al punto de partida. La Princesa bajó del estrado donde estaba reunida toda la corte; el andarín, que se había quitado la correa con la cual sujetaba una de sus piernas, se puso a su lado. Cogió cada uno un cántaro, y a una señal dada comenzaron a correr.

La Princesa corría como un galgo; pero su adversario iba como el viento, y a los veinte segundos había desaparecido de las miradas de todos. Algunos segundos más, y llegó a la fuente. Después de haber llenado el cántaro se volvió; pero como el calor era sofocante y tenía una delantera enorme, creyó poder descansar, y se acostó sobre un césped, tomando la precaución de poner la cabeza sobre un palo para que, encontrándose con una almohada tan dura, no le durase mucho el sueño.

En esto la Princesa había llegado a la fuente; llenó su cántaro, y al volver encontró a su adversario, que seguía durmiendo; vació el cántaro que aquél había puesto a su lado, y se marchó sin apresurarse, segura de obtener la más completa victoria.

Martín y sus compañeros estaban asustados al ver que no volvía su campeón, y entonces el cazador, que tenía ojos de lince, miró hacia la fuente y le vió dormir. Entonces apuntó bien con su fusil, y disparó con tal acierto, que la bala fué a dar en el tronco donde el andarín apoyaba la cabeza, sin herirle ni en un dedo.

Despertóse el hombre, advirtió lo que ocurría, corrió como una flecha hacia la fuente, y como disparado volvió al punto de partida. Cuando llegó adonde estaba la Princesa, ésta hizo







esfuerzos desesperados para ganarle la carrera, pero no pudo conseguirlo.

El vencedor llegó sin fatigarse; pero confesó que había tenido que mover las piernas muy aprisa para recobrar el tiempo perdido.

La Princesa estaba enfurecida por la derrota, y el mismo Rey se desesperaba al ver que tenía que casar a su hija con un simple soldado.

Después de reflexionar un momento en la manera de faltar a su palabra, exclamó de pronto:

—Consuélate, hija mía. Ya he encontrado el procedimiento. Mañana estaremos libres de esos malditos. Después, dirigiéndose a Martín, le felicitó por su suerte y le dijo que iba a obsequiarle, tanto a él como a sus compañeros, con un espléndido banquete. Los hizo entrar en una habitación destinada en otro tiempo a guardar los tesoros del reino, que era toda de hierro, para que no pudiera incendiarse. Las ventanas estaban cerradas con gruesos barrotes de acero. Después del banquete, y en el momento de servirse los postres, el Rey hizo cerrar la puerta con candados y cerrojos y encender debajo de la habitación un fuego terrible. Ordenó que se calentase de tal modo el piso de hierro, que toda la habitación se pusiera al rojo durante una hora. Bien pronto Martín y sus compañeros se dieron cuenta de lo que ocurría: al pronto pensaron que el calor era debido a los exquisitos vinos que bebieran; pero poco después el aire se puso de tal modo asfixiante que quisieron salir, y al encontrar la puerta cerrada se enteraron de la traición que el Rey les había hecho.

—¡Ese granuja no ha contado conmigo!—exclamó el del sombrero; y al decir esto se caló el sombrero hasta las orejas. En el acto se produjo un frío tan intenso, que todos comenzaron a tiritar, y hasta se heló el agua en las botellas y los manjares en los platos. Al cabo de una hora hizo el Rey abrir la puerta, creyendo encontrar a Martín y a sus amigos hechos carbón; pero ellos salieron en el acto fuera de la sala, gritando:

—Un comedor fresco es muy agradable; pero habéis llevado tan lejos las cosas que hemos tenido frío. ¡Mirad cómo se han helado los manjares!

El Rey hizo un esfuerzo para ocultar su furor. Llamó en secreto a sus servidores, y los amenazó con ahorcarlos por no haber cumplido lo que les mandara; pero ellos le condujeron adonde ardía el fuego con intensidad capaz de asar un buey, y entonces el Rey reconoció que Martín y los suyos no eran unos cualesquiera, sino que poseían dones particulares, y que lo mejor sería arreglarse con ellos. Así, pues, le preguntó cuánto dinero quería por renunciar a la mano de la Princesa.

—Quiero tanto como pueda llevar uno de mis servidores—contestó Martín—. Dentro de quince días volveré: de aquí a entonces reunid todo lo que poseáis de oro y plata y tal vez no haya bastante.

El Rey no hizo caso de esta advertencia, creyendo que era una broma. Martín llamó a todos los sastres del país, y los ocupó durante quince días en hacer un inmenso saco de tela muy fuerte.

El día fijado volvió a Palacio con aquel de sus compañeros que arrancaba los árboles como si fueran rábanos y que llevaba en la mano el saco de

tela, que hacía tanto bulto como una casa.

Al ver esto el Rey, que había creído poder salir del apuro con algunos miles de monedas de oro, quedó asustado. Hizo traer un tonel lleno de dinero que apenas podían mover diez criados; pero el servidor de Martín le cogió con una mano y le metió en el saco. Lo mismo pasó con el segundo, y después con el tercero, y, por último, todo el tesoro del Rey pasó al saco, y éste se hallaba sólo mediado.

Entonces el Rey tuvo que imponer a su pueblo como rescate de su hija una fuerte contribución, y los súbditos entregaron todo el oro que poseían. Se reunieron doscientos carros de oro. El compañero de Martín metió dentro del saco el oro, con sus carretas y todo, y echándose auestas se marchó con sus compañeros.

Repuesto de su primer asombro, el Rey se encolerizó viendo que se llevaban todas las riquezas del reino. Hizo montar a caballo dos regimientos de coraceros y les ordenó que persiguieran a nuestros seis amigos. Al poco rato los encontraron, y les dijeron que dejaran el saco, sin más explicaciones, porque si no los prenderían y aun les cortarían el pescuezo.

—¡Conque queréis cogernos!—dijo riendo a carcajadas el que soplaba con tanta fuerza, y tapándose una de las narices hizo salir de la otra tal huracán, que caballos y jinetes fueron lanzados y dispersos acá y allá en menos de un periquete.

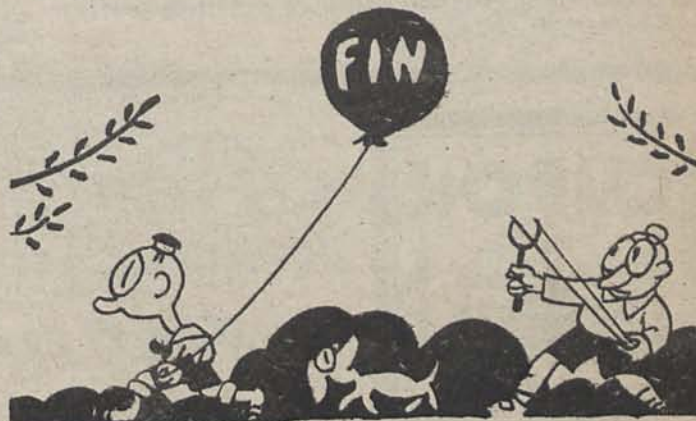
Sólo quedó un oficial, a quien Martín dijo:

—Vuelve al lado de tu Rey, y hazle saber que aun cuando enviase contra nosotros a todo su ejército, un servidor le dispensaría en un instante.

El Rey reconoció que todo su poder se estrellaría ante aquellos hombres, y no los molestó más.

Martín entonces dividió entre sus compañeros el oro del saco, quedándose con una parte, y lo que les correspondió fué tanto, que, aunque vivieron muchos años, no lograron dar fin del dinero.

Despreciar al humilde es vileza y además puede resultar peligroso.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Tú, que tienes mejor memoria que yo, ¿recuerdas si hemos hablado del oso blanco o polar?

—Necesito consultar mi cuadernito de notas. Son tantos los temas de que hemos hablado que no me atrevo a confiar a la memoria la contestación categórica a tu pregunta. Deja que me cale las gafas y consulte el cuadernito.

—¿Qué previsor eres, amigo buho! Todo lo tienes anotado. De todo guardas una impresión gráfica.

—Es el modo mejor de ayudar a la memoria. De otra forma se expone uno a muchas equivocaciones. Este tema del oso polar no lo hemos tocado todavía. Es un tema inédito para nosotros. Hablaremos de él en nuestra charla de hoy, si ese es tu deseo.

—Y si te parece a ti, bien.

—A mí me da igual hablar de una cosa que de otra. Con tal de satisfacer tu curiosidad me quedo yo también satisfecho. El oso polar, como su nombre indica, habita en la región del polo, pero solamente en la región ártica, o sea en la del Norte, pues en la del Sur, no se han visto osos blancos por parte alguna. Tiene el cuerpo más corpulento y prolongado que el oso pardo. Su pelaje es crespo, muy espeso y largo. Todo él es blanco, excepto un círculo negro que hay alrededor del ojo, en el extremo del hocico, y en el borde de los labios y de las uñas. Los osos jóvenes tienen un color blanco de nieve, y los viejos amarillento.

—¿Pesano mucho estos osos polares?

—Un oso llegado a su máximo desarrollo alcanza un peso de setecientos kilos, y su longitud, desde el hocico a la cola, es de dos metros y medio, poco más o menos.

—¿No siente frío entre tanta nieve y tanto hielo?

—Ninguno. Su elemento es el hielo y en él es donde más a gusto vive. Es, por lo tanto, insensible a los fríos, pues conserva perfectamente el calor de su cuerpo, gracias al pelaje de su piel y a la capa de grasa que envuelve su carne.

Es un animal que lo mismo se le vé por mar que por tierra. Tan pronto sobre los hielos como en medio de las olas del mar líquido, y muchas veces, escondido entre la misma nieve donde encuentra refugio y abrigo.

—¿Abrigo en la nieve?

—Lo que causa más frío entre los hielos es el aire, y es natural que resguardándose de él sea el frío menor. Por eso estos animales huyen de los ventisqueros y valles polares donde son más crueles las tempestades de viento y de nieve. El oso blanco tiene movimientos pesados, como todos los osos, pero, nadando, sobre todo, es un verdadero maestro. Resiste mucho tiempo en el agua, y esto le permite hacer travesías muy largas. Como la cantidad de grasa que tiene en su cuerpo es muy grande y el peso de ésta es pequeño en relación a su volumen, resulta que flota con extraordinaria facilidad, lo cual le ayuda a largas permanencias sobre el líquido elemento de los mares polares sin cansarse. Además nada también admirablemente a cierta profundidad.

—¿Pero es anfibio el oso blanco?

—Nada de eso; pero puede pasar largo tiempo sin respirar, y, gracias a esta facultad, persigue a los peces y alcanza, muchas veces, hermosos ejemplares de salmones.

—Supongo, querido buho, que su alimento consistirá exclusivamente en carne, porque no hay que pensar en la existencia de vegetales en el Polo Norte.

—Así es; el oso se alimenta de todos los animales que habitan en el mar o en las escasas playas de aquellas regiones. Persigue y da caza a las nutrias, focas, morsas, peces de todas clases, y muestra gran afición por los despojos de ballenas muertas.

Tiene muy desarrollados el olfato y la vista y a veces trepa a las más altas cimas de las montañas de hielo para explorar el vasto horizonte y descubrir desde distancia su presa.

—¿Acometen al hombre?

Si tiene hambre, es animal peligroso, porque acecha los sitios donde los exploradores acostumbran a establecer sus campamentos y atacan por la noche, siendo difícilísimo, a causa del color de su pelaje, descubrir su presencia, pues se confunden con el blancor inmenso de la nieve.

Demuestra gran habilidad y astucia para cazar a las focas que salen a la superficie de los hielos, pues desde lejos y escondido para no ser descubierto acecha a su presa, y espera el momento en que la foca, confiada en la soledad que le rodea, se dispone a descansar dormitando unos instantes. Entonces el oso, pausada y silenciosamente se dirige al agua, se sumerge y se dirige a nado hasta llegar a la proximidad de la foca. Cuando ya calcula que está a sus pies se eleva poco a poco hasta asomar la cabeza por la superficie del mar, y en este momento, con rapidez y agilidad inusitadas se lanza sobre ella cortándole la retirada para que no pueda volverse al mar.

—¿Es cierto que durante todo el invierno polar no sale el oso de su madriguera?

—Ciertísimo.

—¿Y de qué se alimenta entonces?

—De sus propias reservas de grasa. Por eso mientras anda por los hielos buscando sustento es temible, porque necesita comer mucho para hacer acopio de reservas grasientas que le alimenten durante la larga invernada.

Si se le incita a la lucha, hace frente y se revuelve contra su enemigo. Es el adversario más terrible que pueden encontrar los seres humanos en el Polo. Quien le provoca no puede salvarse sino matándole. La bala que no le da en el corazón o en la cabeza, solo sirve para excitar su rabia y agravar los peligros.

—Claro, que en tales condiciones, será muy difícil darle caza.

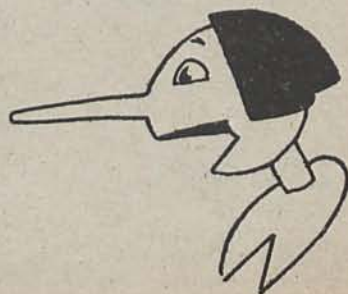
—Difícil y peligroso. Algunos esquimales recurren a la astucia utilizando un procedimiento muy ingenioso, que consiste en formar un arco con un pedazo de barba de ballena de unos sesenta centímetros de largo; lo cubren de grasa de foca y lo dejan helar. Hecho esto, buscan al oso y le arrojan aquél cebo. El animal olfatea el objeto, le parece bueno para comer y se lo traga, con lo cual ocasiona su muerte, pues como el calor del cuerpo derrite la grasa, enderézase la ballena y desgarra el estómago del animal.

—Es curioso el procedimiento y además muy práctico porque no hay que utilizar la fuerza ni las armas.

—Ya sabes que dice el proverbio que «más vale maña que fuerza», querido Chononcito.



*Si quieres a Pi-  
Nocho, recomiéndalo  
a tus amigos.*



Ayuntamiento de Madrid



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE NOVIEMBRE

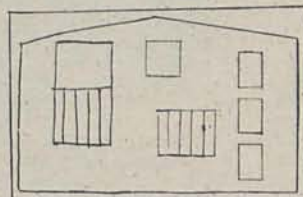
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Retrato  
Carlos Pérez



Colorín y Currinche  
Nicanor A. Usez



Fachada posterior de mi casa  
Angel Laborda



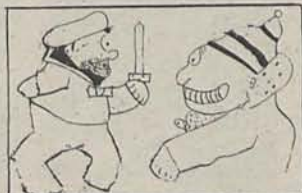
La aldeana y el pollito  
Enayabito G. Abalos



Un sillón Luis XV  
José Sanabria



Un cazador Indígena  
Julio Luis Gabriel



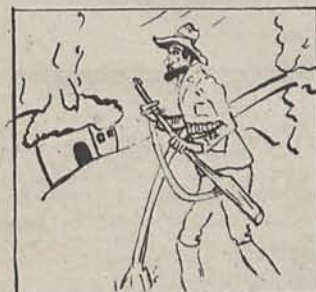
Dos Villanos  
Leopoldo Riestra



Pinocho  
Isidro García



Don Turu boxeador  
Luciano Sánchez



Viejo cazador  
Juan E. Verde Soto



Un conejo presumido  
Jon Iñaki Gomeza

## MECCANO

CONSTRUYE MILLARES DE MODELOS, FUNCIONANDO TODOS

Puedes construir todos cuantos modelos hayas soñado—Aviones, Automóviles, Puentes, Grúas, Máquinas—con Meccano, el sistema ORIGINAL de construcción. Y todo modelo funciona con toda realidad, montada pieza por pieza exactamente de la misma manera que los ingenieros levantan los prototipos de ellos en la actualidad.

Esfuézate para obtener un Equipo Meccano y construye estos mismos modelos.

**GRATIS.—NUEVO LIBRITO MECCANO.**—Nuestro representante tendrá sumo gusto en mandarte gratuitamente un ejemplar del nuevo librito Meccano con tal que le envíes las señas de tres de tus camaradas.

Indicamos el número 15 a continuación de tu nombre, como referencia

Equipos desde Ptas. 15'00 a Ptas. 1.150'00

en los principales Bazares  
y Librerías



José Palouzie Sezza (Sección 15)  
PRODUCTO DE MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

Agente para España y Portugal:  
Industria 226.—Barcelona



Currinche y Don Turu  
José R. Martín



Salinas de San Fernando  
M. Carmen Sevillano



Cow-boy  
Amadito Carreras



# VIDA PINOCHISTA



CHARITO GROSS  
Encantadora pinochista



RAFAELITO AYLLÓN  
Gran amigo de Pinocho



ELISA HERNÁNDEZ  
Linda pirulinda



CARMEN ARRIOLA  
Pinochista entusiasta



ARACELI CASAJÚS  
Preciosa pirulinda



JOSÉ ANT.º URGOITIA  
Primer premio colaboración



JOSÉ M.º A. CASCOS  
Amigo entrañable de Pinocho



ÁNGEL LABORDA  
Otro incondicional pinochista



CARMEN URRUTIA  
Premio colaboración



INESITA Y JOAQUINITA  
JARAQUEMADA  
Formidables colaboradoras de Pinocho

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE JUNIO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Julio Sánchez.
- Segundo premio.—Merceditas Paje.
- Tercer premio.—Manuel Cristóbal.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Dario Alvarez, Carlitos Pozas, Felisa Moriones, Adalberto Espejo, Cruz Santaolalla, Luis M.ª Granizo, Felipe Puertas, Isabel de Juan, Rosalia Mercadal, Antonio del Pozo, Lope Castillo, Luz Castro, Remedios Corujan, Roberto D'Hoy, José M.ª Villaba, Hermenegildo de Campos, Roberto Gómez y María Pastor.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accesit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».

## PREMIOS A LA COLABORACIÓN PI- NOCHISTA DEL MES DE JUNIO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Benito Novella.
- Segundo premio.—D. Ortega.
- Tercer premio.—Candelaria Sánchez.
- Cuarto premio.—Salvador Pérez Rivas.
- Quinto premio.—Marianito Fábregas.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Juanito de la Serna, Joaquina Jaraquemada, Maruja Rodríguez, Manuel Bada, J. G. Lauric, M. A. Esquiroz, Luisita Rodríguez, T. G., Araceli Méndez, José Bernuco, Fermín Cejudo, Inés y Ramón Jaraquemada.— Margarita G.ª Conde, Andresito Ruiz de la Rosa, Alejandro González, Rafael Nogueira, V. Tación, F. Fernández, Rafael Ruiz, Adolfo Carmona, I. J. V., Baby, Pepito Rico, Esperancita Navarro, Pilar Molina.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

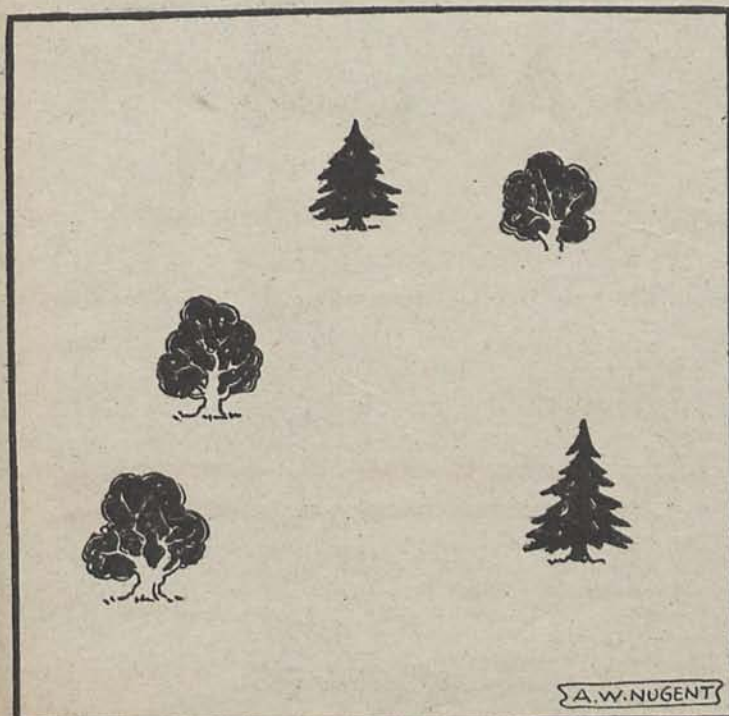
### LOS TRES MONOS



Hay tres monos escondidos, con muchas ganas de broma.

¿Dónde están?

### EL SOLAR



Un padre tenía cinco hijos y un solar con cinco árboles.

Al morir les dejó el solar con la condición de que se lo repartieran.

Los cinco hermanos lo dividieron en cinco partes iguales y a cada uno le correspondió dentro de su parte, un árbol.

¿Cómo hicieron el reparto?







# SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... bordadora

## EL JARDÍN JAPONÉS

Antoñita está enferma; pero no la compadezcáis demasiado bondadosas Pirulindas; os aseguro que no es muy digna de lástima.

En primer lugar, ella solita tiene la culpa de su enfermedad; ha sido un poco golosa, otro poco tragona y otro poco desobediente; y con estos tres pecados, ha cometido el de comer más de lo que le autorizaba su mamá y de ponerse, para ir a clase, su abrigo de entretiempo, so pretexto de que hacía sol, a pesar de que mamá la tenía mandado ponerse el de invierno; resultado: un resfriado complicado con una indigestión.

En segundo lugar, su enfermedad no es ni muy larga, ni muy dolorosa, ni muy grave; toda la cura se reduce a una cucharada de aceite, a dos días de dieta láctea, a cuatro o cinco de tomar cosas «ligeras», a una semanita de cama, y a mucho mimo.

Y en tercer lugar, porque la enfermedad de Antoñita tiene para ella no pocas ventajas; papá le compra los libros que aun faltan en su biblioteca; mamá se lo lee para que no se canse la vista, y la cabeza; la muchacha le cuenta cuentos; su hermano Luis le trae regalitos; todo el mundo se ocupa de ella, la compadece, la mima, y hasta le disculpa, por el achaque de la enfermedad, sus pujos de mal humor.

Tan bien le va a Antoñita que aun cuando se queja con voccecita doliente: «¡Qué fastidio de estar en cama! ¡qué rabia de no poderme comer unos langostinos con mayonesa! ¡qué pena de no poder salir con este día tan hermoso! ¡Me duele la cabeza! ¡Me duele la tripita!» en el fondo, yo creo que lo está pasando muy requetebien.

Le sucede algo de lo que a aquel niño que estuvo enfermo, gravemente enfermo durante muchos años; sus papás y todo el mundo se desvelaban por él; por fin se curó por completo y pudo ir y venir y jugar y... volver a clase. Y pasó tiempo y el niño se puso muy triste, se sentaba en un rincón y no hacía más que llorar; sus padres se alarmaron temiendo que recayera en su dolencia: «¿Qué te pasa? ¿Te duele algo? ¿Quieres algún juguete?» Pero el niño movía tristemente la cabeza. «Quisiera—decía—volver a estar malo».

Antoñita no es tan tonta como todo eso; prefiere dejar de ser la personita interesante de la casa con tal de estar buena; pero entre tanto saborear con delicia los caldos de gallina, los sesitos al horno, el picadillo de merluza con salsa; pero lo que mejor la sabe son los regalitos de su hermano Luis.

Luis que es todun señor o estudiante, no tiene nunca mucho dinero en el bolsillo y sus regalos no son nunca de un precio muy elevado; pero se da tal maña para buscar cosas ingeniosas y divertidas que siempre acierta.

Hoy precisamente la ha traído a Antoñita algo que la ha transportado de admiración: es una caja de flores japonesas.

Me diréis que no es ninguna novedad; para vosotras no, que las conocéis desde hace muchos años (todos los años que pueda hacer que una Pirulinda conozca algo) pero para Antoñita, sí, porque no las había visto nunca.

Se ha quedado maravillada y Luis la ha prometido que mañana le traerá otra cajita igual puesto que ningún otro regalo la ha de gustar y divertir tanto como este.

Ya están «hechas» todas las flores de la caja; es decir que ya ha echado Antoñita en una taza todos los diminutos palitos que se han ido abriendo y formando unas florecillas de madera multicolor que sobrenadan en el agua.

Y Antoñita las contempla extasiada y sueña con esas lejanas islas del Japón, donde las flores son microscópicas y de madera, y crecen en cajas de cerillas y se abren en una taza de agua.

Claro está que no hay tal; en el Japón, las flores no son de madera sino... de flor, como en todas partes; y como en todas partes también crecen y se abren en la tierra; pero es cierto que aquel es un país muy bonito y muy curioso, que no se parece a ninguno otro; por ejemplo, allí la mayoría de las casas son todas pequeñas, de una sola planta, de bambú y con las puertas y las paredes de papel.

Y es natural que así sea, porque allí ocurren muchos terremotos terribles y si las casas fuesen grandes y de piedra como aquí, al derribarse aplastarían a la gente y ocurrirían aun más desgracias de las que ocurren que son bastantes.

Pero lo más gracioso del Japón, además de las japonesas que son todas

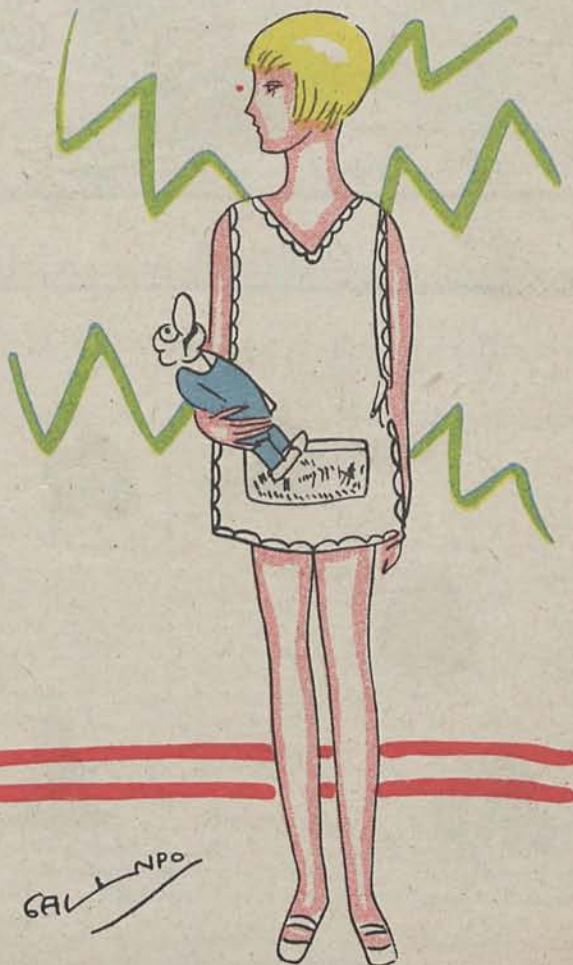


pequeñas y muy monímas (y si así son las mamás ¿cómo serán de monímas y menudas las Pirulindas niponas?) son los jardines, con sus puentes, sus ríos, sus árboles, todo en miniatura.

Ahora que Antoñita está enferma sus ocupaciones se reducen a escuchar cuentos, a leer libros de la «Biblioteca Perla» y a echar florecillas japonesas en una taza de agua; pero tan pronto como se ponga buena y reanude sus estudios y sus labores, podrá consagrarse no ya solamente a unas flores sueltas sino a todo un trozo de jardín japonés.

Aquí le tenéis; resultará encantador bordado al punto «lanzao», con algodón fino y en un solo color—rojo laca, azul añil o rosa... de China—en prendas de ropa interior, o en una mantelería de *toile* de hilo, o en algún delantal de tela vaporosa.

¡Ahora sí que a pesar de todos los mimos, los regalitos y las comiditas va a tener Antoñita prisa en ponerse buena!



GALINPO